

CONTANDO CUENTOS

Cuando correr no se convierte en un juego,
y la tierra no mancha los zapatos.
Cuando arden los cordones sin oxígeno.
No. Ellos no. Sólo tropiezan.
Solo cansa el camino,
y la piedra no hace sino rodar.

No os escondáis al sol.
Siempre detrás. Detrás.
Vuestros piecitos no hacen nunca ruido.
La suela gastada ya ni polvorea la tierra.
No saben ya de dónde vienen
porque sus pasos se van perdiendo,
y las migas se las van comiendo los halcones.
Caminad, caminad.
Que reviente la tela, pero no el corazón;
que el destino es incierto,
pero el cuento no entiende de plomos ni hierros,
el cuento es ayer, es mañana, es dormir en casa.
No podrán con el cuento. No. Jamás.
Aquellos monstruos no nos comerán,
no vendrán con sus bocas gigantescas
a tragar vuestros cuerpos cansados.

Repito que no. Que no. No cedáis.
Llegará ese día en que por fin
podáis llorar vuestra tierra,
en que mezcléis vuestra sangre
con esa manera tan nuestra de coger
el toro por los cuernos,
de decir hasta aquí, y hasta aquí llego.
Seguiremos caminando,
pero no podrán.

Todos sabemos que algún día,
mañana no será, ¿pasado?
Podréis dormir en casa
y vuestras madres os darán el beso
que tanto camino ha costado.
Recibidlo en vuestras mejillas;
os lo habéis merecido,
y os sabrá a polvo, a ceniza, a humo,
a muerte, a vida, a alegría...
¿Quién sabe?